

# Crear empleo: nuestro desafío

*Luis Enrique Hernández*

*La Rioja.*

*Miembro del Instituto E. Mounier.*

## **Una experiencia desde el mundo rural**

Desde Cáritas de La Rioja venimos reflexionando y debatiendo la preocupante situación de pobreza de nuestro mundo rural, esa España profunda y olvidada sobre la que se fundamentó durante muchos años el desarrollo de nuestro país y que hoy, como una manifestación más de nuestro talante postmoderno, hemos abandonado en la cuneta de nuestro camino.

Hemos apeado a nuestros pueblos de nuestro tren de progreso, de nuestros proyectos de futuro, después de habernos aprovechado al máximo de los esfuerzos y de los desvelos de sus gentes, como si el mundo rural, fuera un objeto más de consumo, de los de usar y tirar.

Ante este panorama, y conscientes de que no hace falta recorrer demasiados kilómetros para toparse con el Sur, un grupo de animadores decidimos analizar la situación desde la única perspectiva válida desde la que se puede hacer: en vuelo raso, pisando tierra, acercándonos al lugar de origen de los problemas, a los pueblos. Conociendo el rostro concreto de sus gentes, oyendo, en directo, la explicación clara y sencilla de su situación:

—«Nos estamos muriendo, hijo»— «Nuestros pueblos ya no interesan a nadie.»—

En diez o quince años, varios pueblos de menos de quinientos habitantes habrán desaparecido del mapa, o se habrán reconvertido en recurso fácil para el solaz de fin de semana y la catarsis del «stress» de la gran ciudad.

—«No tenemos futuro»—, —«Nuestros jóvenes se van a estudiar fuera, y ya no vuelven.»—

Las calles en invierno se quedan desiertas, y con el frío y la soledad todo adquiere un tono fantasmal. Los gritos y las risas de los niños han desaparecido. Ya no tenemos ni escuela; las han concentrado en comarcales. El médico vive fuera, y si te ves en la obligación de ponerte una miserable inyección tienes que desplazarte al Centro de Salud de la cabecera de la comarca. A nadie le importa que seas un «abuelo», con dificultad para moverte, o que carezcas de medios de transporte porque no hay autobuses, o que no tengas coche y te veas en la necesidad de molestar al vecino o a algún pariente cercano, haciéndole perder horas de trabajo para recorrer los varios kilómetros de distancia que nos separan. —«No es un asunto urgente»—, te dicen.

Nuestro sistema de producción no tiene sitio en Europa, y por tanto tampoco interesa mucho a España. Después de haber pasado toda la vida con el espinazo tronchado hasta que se te

quiebra antes de cumplir los sesenta, con la piel acartonada de tantos soles, durante tantos años, invirtiendo en tierras, invirtiendo en futuro para nuestros hijos (creíamos), resulta que nuestras tierras no valen nada y nuestros productos no son competitivos, porque sobra de todo. Se nos paga por no producir. Se nos subvenciona nuestra agonía. Se nos pide reconversión y no te dicen en qué. Se nos pide imaginación, originalidad, espíritu empresarial, cuando lo único que hemos hecho durante toda nuestra vida ha sido trabajar, con nuestros brazos como única herramienta. Los dineros del Estado nos garantizan una muerte digna para nosotros y para el futuro de nuestros hijos, mientras nuestros campos van siendo testigos silenciosos de nuestro progresivo envejecimiento.

## **Forjando esperanza**

Receptores de esta situación, concebimos una estrategia de esperanza basada en tres criterios: 1) *El futuro sólo se garantiza con nuestros jóvenes.* Sólo si la juventud encuentra una posibilidad de permanencia, una posibilidad de empleo, podremos hacer proyectos. 2) Por otra parte, sabido es que el empleo es un bien escaso en nuestros días y quienes lo deseamos y necesitamos estamos de-

masiado acostumbrados a que nos lo den hecho. *Difícilmente se plantea el empleo como algo que se puede crear.* 3) Por último, y a juzgar por los efectos que los viajes realizados a Madrid; las quejas presentadas, las presiones realizadas a la administración, los planes, las manifestaciones, las patatas rodadas por la vía pública, los tractores en la carretera, las marchas a pie a la capital... han producido..., no cabe esperar soluciones mágicas de la administración, y menos de la española; que sin planes de futuro, sin conocer a ciencia cierta, todavía, el papel que nos toca desempeñar en Europa, camina a ciegas, improvisando y sin poder aportar soluciones válidas, a largo plazo para nadie. Por tanto, *nos tendremos que acostumbrar a organizarnos para resolver nuestros problemas.* Habrá que echar mano de la solidaridad de cada uno y compartir lo que somos y lo que tenemos. «Menos PER y más arrimar el hombro».

Con esta actitud, fuimos organizando un pequeño tejido social que consistía en pequeños grupos que sistemáticamente se juntaban cada quince días, aproximadamente, y que con el apoyo de un animador iban realizando una labor de formación: análisis de la realidad, planteamiento de los problemas y posible toma de postura ante los mismos.

Después de unos meses de trabajo por pueblos, se organizó un *encuentro comarcal*, en el cual, mediante la participación de todos los grupos, se pretendía descubrir:

a) Que no somos tan pocos ni tan débiles si nos juntamos.

b) Que poniendo nuestros problemas en común, en el fondo, es más lo que nos une que lo que nos separa.

Unas setenta y cinco personas procedentes de nueve grupos nos

dimos cita en los locales parroquiales de Cuzcurrita, uno de los pueblos implicados que asumió la responsabilidad de organizar el encuentro.

Ni que decir tiene que la propuesta fue mucho más amplia que el nivel de respuesta recibido (teniendo en cuenta que la comarca del Tirón, está compuesta por unos treinta pueblos), pero estábamos dispuestos a trabajar con los que vinieran, con aquellas personas que hubieran demostrado un mínimo de inquietud y desearan poner manos a la obra para intentar mejorar las cosas. Al resto de los grupos no los olvidaríamos, pero tendrían que ser ellos los que decidieran aparecer de su «limbo» particular.

La mayor parte de los asistentes fueron mujeres y la media de edad rondaba los cincuenta años.

Después de un breve tiempo de trabajo en grupos para responder a un escueto cuestionario que centrarse el posterior debate, se procedió a la puesta en común, donde, en síntesis, se veía como acciones prioritarias sobre las que tomar postura:

a) La escasez de servicios y recursos que sufren nuestros pueblos.

b) El progresivo envejecimiento de su población.

c) La carencia de expectativas laborales para la juventud.

Ante este análisis realizado por ellos mismos, se pensó en fórmulas para articular una posible acción transformadora. Fue en la síntesis de las tres denuncias donde encontramos el cauce apropiado:

*¿Por qué no crear una cooperativa de asistencia a domicilio, que ofrezca posibilidades de trabajo a nuestros jóvenes, atendiendo, al mismo tiempo, las necesidades de nuestros mayores en sus propios hogares, evitando des-*

*plazamientos incómodos y el recurso traumático de los asilos?*

Rápidamente nos pusimos manos a la obra. Era necesario realizar una labor de animación por los pueblos; contactando con la gente joven en paro y al mismo tiempo con una cierta sensibilidad ante la labor que se pretendía realizar, que no consistía en una mera alternativa laboral, sino que llevaba implícito un importante componente de servicio a las personas, así como un planteamiento empresarial autogestionario.

Pronto contactamos con cinco voluntarios —lo mínimo requerido para constituir una cooperativa— que inmediatamente se pusieron a trabajar por los pueblos tanteando el ambiente, haciendo un sondeo de viabilidad y un análisis de las necesidades demandadas...

Fue sorprendente comprobar cómo nuestra oferta, aunque encarnada en la realidad de unas necesidades sangrantes, no era fácilmente acogida. Más bien, la incertidumbre, la desconfianza, el conformismo... eran las respuestas que recibíamos. Esto nos hizo pensar que a veces la capacidad humana de adaptación a las situaciones es más fuerte que su afán de cambio, aunque ésta suponga elevadas dosis de precariedad. —«En el mundo rural, estamos demasiado acostumbrados a bailar con la más fea.»—

Esto nos hizo plantearnos distintas estrategias previas, como fue el proceso de mentalización y explicación que hubo que realizar con la gente de los pueblos, a través de los centros de tercera edad, a través de los grupos parroquiales, siempre en contacto directo, piel a piel.

Por otra parte, las preocupaciones, la actividad desempeñada... con el tiempo, iban ejerciendo como elemento desinhibi-

dor de nuestro crecimiento como grupo, no sólo como empresa, sino como equipo que pretendía llevar a cabo una actividad socializada, por lo que hubo que realizar cursos de cooperativismo, sesiones de debate y confrontación de nuestras formas de proceder, así como dotarnos de preparación técnica y personal.

Sería largo narrar en este corto escrito, que solo pretende «abrir boca» ofreciendo alguna pista, las distintas vicisitudes, etapas y peripecias técnicas por las que nuestro grupo tuvo que pasar hasta nuestros días. Baste señalar que hubo que plantear una opción de realizar nuestra actividad a través de ofertas presentadas a la administración (Ayuntamientos, Mancomunidades, Comunidad Autónoma...) renunciando mayormente a la atención privada, pues entendíamos que sólo un servicio subvencionado podía garantizar una atención indiscri-

minada a todas aquellas personas que lo necesitaran independientemente de sus ingresos. En este sentido fue decepcionante la actitud de la administración, siempre cicatera en estos temas sociales, que planteaba continuas reticencias en sus negociaciones con el Inerser, no llegando nunca a un acuerdo efectivo, manteniendo una postura roma, puramente asistencial, de ir parcheando casos concretos, sin afrontar programas coherentes a largo plazo.

Esto llevó a nuestro grupo, a reconvertirse en el colectivo de servicios múltiples «SERVIPLUS» que formamos hoy, entre los que la asistencia domiciliaria es un aspecto más a atender entre un amplio abanico de posibilidades, como guarderías, cuidado de jardines, labores administrativas, buzoneo de publicidad... etc.

Nuestra pequeña sociedad hizo su labor de difusión y propa-

ganda y poco a poco fue haciendo sus pequeños «pinitos» en un terreno duro para abrirse camino. Creemos que todavía tendrá que pasar algún tiempo hasta que podamos ver las cosas más claras, el futuro con más tranquilidad y nuestro colectivo constituido en cooperativa consolidada..., pero aunque esto no fuera así, la experiencia habría merecido la pena. Habría una labor realizada, aunque insuficiente y parcial..., pero de pequeñas gotas está lleno el mar.

Por otra parte, la aventura emprendida ha supuesto una escuela de lo social para nosotros, en la que todos hemos aprendido muchas cosas que difícilmente se aprenden en los libros o en la universidad y que, aunque, en el peor de los casos, no se fraguaran en este proyecto que nos ocupa, siempre servirían de fundamento válido para posteriores intentos. **A**

